

LA UNION DE LA IGLESIA COMO MODELO DE UNIDAD CRISTIANA

INTRODUCCION

Para evitar cualquier confusión, es importante que sea expuesto desde el principio el tema descrito en este ensayo. Con la palabra «unión» (a la cual puede ser que se añada «orgánica» o «corporativa»), damos a entender un hecho y un estado de ser, muy parecido al matrimonio que hace que dos cuerpos considerándose antes como entidades separadas, concierten un nuevo compromiso y que se junten para entrar dentro de una nueva relación corporativa. Ciertas condiciones son necesariamente concomitantes.

He aquí los términos en los cuales, la Conferencia de Limuru para la Unión de la Iglesia describió las condiciones necesarias para una unión corporativa:

«Para realizar una unión orgánica, las siguientes condiciones tienen que ser cumplidas: una base común de fe; una denominación común; pleno compromiso recíproco, incluyendo estar preparado a renunciar a la identidad particular; la posibilidad de tomar decisiones juntos, y de llevar a cabo el trabajo misionero según lo requieren las circunstancias»¹.

1. «Notes from the Limuru Discussion», *Mid-Stream, Conference on Church Union Negotiations*, April, 1970, IX, 2-3, p. 22.

Por consiguiente, aunque otras formas de parentesco cristiano puedan emplear también las palabras «unión orgánica», es la unidad, cumpliendo las condiciones mencionadas arriba, de la cual trataremos en lo que sigue.

En la asamblea del Comité Central del Concilio Mundial de las Iglesias en Utrech en 1972, la constitución del Consejo Ecu­ménico de las Iglesias fue enmendado con la adición de un pá­rrafo propuesto por la Comisión *Fe y Constitución* en la reunión que tuvo en Louvain en 1971. El párrafo añadido se refiere a las funciones y propósitos del C.E.I. El texto es el siguiente:

«Llevar las Iglesias hacia una meta de unidad visible en la fe, y en una confraternidad eucarística, expresándose en el culto y en la vida común en Jesús Cristo, y avanzar hacia esta unión para que el mundo pueda creer»².

¡Llevar las Iglesias hacia una meta de unidad visible... y avanzar!... Promover un concepto particular de reunión, no es el trabajo ni tampoco el derecho de esta comisión.

Pero unir las iglesias, antes divididas o rivales, esto es un modelo de unidad, un resultado del serio caso dado a esta llamada.

Hay que reconocer que la unión orgánica como modelo de unidad provoca diversas cuestiones. En resumen, las preguntas tradicionales fueron más o menos las siguientes: ¿Trae esto un tipo de unidad deseable? ¿No son los acuerdos teológicos esos compromisos satisfactorios para nadie? ¿Es importante, o incluso posible un testimonio unido?

Sin embargo, en los años 60, preguntas más profundas fueron expuestas a propósito de la unión como ejemplo de la unidad cristiana. Si la Iglesia es un signo que todos los hombres están llamados para vivir en una familia única, ¿no tendría la unidad que preocuparse, en primer lugar, de unir a los hombres y no las estructuras? ¿No suprime, la unidad estructurada conseguida por la unión, la busca de una auténtica diversidad? ¿No señala el Nuevo Testamento, una comunidad menos «organizada» pero, no obstante, comprometida?

2. Minutes and Reports of the Twenty-Fifth Meeting of the Central Committee of the World Council of Churches, Utrech, Ginebra, 1972, p. 220.

Tales preguntas expresan una nueva necesidad de reformar la razón de ser de una unión de la Iglesia, de señalar sus fuerzas y sus debilidades. Este artículo intentará, con breves descripciones, exponer de nuevo los imperativos, tal como las iglesias en curso de negociación y las que ya están unidas, lo expresan, o sea, considerando el fenómeno desde el principio, recordando, también que esto sólo es un tipo de unidad entre muchas. En primer lugar, interpretaremos lo que la unión se propone cumplir, examinando sus ventajas y sus debilidades, y terminaremos en una segunda parte, señalando los problemas irresueltos, posibles insuficiencias y defectos de este modelo de unidad.

I.—LAS FUERZAS DEL MODELO DE UNION

No se podía hacer ninguna tentativa normativa para exponer la unidad de la Iglesia ni tampoco sus posibles ingredientes, en los primeros años de C.E.I. La confraternidad ecuménica, tenía que ser, primero, un lugar donde varios conceptos podían llevar una acción recíproca dinámicamente. La Declaración de Toronto en 1950 trataba de mantener esta neutralidad eclesiológica; la calidad de miembros en el C.E.I. no implicaba la aceptación de una doctrina específica referente a la natura de la unidad de Iglesia.

Pero hacia el 1955, W. Visser't Hooft, escribiendo sobre el tema, pudo describir declaraciones pasadas hechas por órganos ecuménicos que se preguntaban lo que constituía una unidad deseable:

- a) Que la unidad de la Iglesia es una unidad otorgada, o sea, que tiene su realidad esencial en Jesús Cristo (*Amsterdam Report*, p. 51; *Evanstons Speaks*, p. 18; *Lund Report*, p. 20, etc.)
- b) que esta unidad se tiene que manifestar al mundo (*Evanstons Speaks*, p. 19; *Toronto Statement IV*: 2).
- c) que la unidad total de la iglesia tiene que tener una base de acuerdos en la doctrina (*Amsterd*, p. 55; *Christ, Hope of the World*, p. 20; *Edimburgh Repport*, p. 253)
- d) que la comunión sacramental forma parte necesaria

ria para la total unidad de la iglesia (*Lund Report*, p. 49)

- e) que un sacerdocio reconocido por cada parte de la Iglesia (*Lund Report*, p. 26) y algún órgano permanente de conferencia o consejo está requerido (*Edinburgh Report*, p. 253), pero que una rígida uniformidad en la estructura gubernamental (*Lund*, p. 24) o una estructura dominada por una autoridad administrativa centralizada (Amsterdan, p. 127) tienen que ser evitadas
- f) que la unidad de la Iglesia depende de la renovación de Iglesia (*Lund*, p. 21; *Evanstons Speaks*, p. 23)
- g) que esta unidad no tiene que estar buscada para sí misma, pero para el bien del mundo dentro del cual la Iglesia cumple su misión de evangelismo (*Evanstons Speak*, p. 20, etc.)³.

En la época de la Asamblea de Nueva Delhi del C.E.I., las iglesias pudieron ponerse de acuerdo, al menos sobre unos puntos: si la Iglesia quería hacerse visible, se tenía que llegar a un común acuerdo.

«Creemos que la unidad, que es la voluntad de Dios y su donación a su Iglesia se está haciendo visible, de la misma manera que cada uno de nosotros bautizados en Jesús Cristo, y reconociéndolo como Señor y Salvador, está llamado por el Espíritu Santo hacia una confraternidad plenamente comprometida, teniendo la fe apostólica, proclamando el evangelio, rompiendo el pan, juntándose en una oración común, y teniendo una vida corporativa expresándose en el testimonio y el servicio, y que al mismo tiempo están unidos a la entera confraternidad cristiana en todos los lugares y todos los tiempos, de tal manera que el santo sacerdocio y sus miembros están aceptados por todos.

3. W. VISSER'T HOOFT, *Various Meanings of Unity*, en *Ecumenical Review*, VIII, 1, p. 22. [Los documentos a que se alude se pueden encontrar en L. VISCHER, *Textos y documentos de la Comisión Fe y Constitución*, Madrid, ed. BAC, 1972. Nota del traductor].

y que todos pueden actuar y hablar juntos según las ocasiones lo requieren para los trabajos que Dios ha designado a los hombres⁴.

Se puede decir que la discusión y la declaración de Nueva Delhi, estimularon la tentativa de reunión de las Iglesias al nivel local. ¡Entre la Asamblea de Nueva Delhi y la de Uppsala nada menos que 22 uniones fueron consumadas! La mayoría de las uniones estaban basadas sobre los elementos mismos de la unidad incluida en aquella descripción.

Aunque cambien los estilos, todas las tentativas de unión en su consideración están determinadas a conseguir una unión orgánica o corporativa, para hacer existente una Iglesia donde antes había dos o más. Tales esfuerzos brotan de una convicción que la unidad entre cristianos por la que Jesucristo rezó, estaba determinada a ser una unidad de fe, de culto y de testimonio. En realidad no tendría que ser una unidad experimentada espiritualmente sólo por los creyentes, sino una realidad manifiesta, comprensible, incluso por aquellos que no son cristianos del todo.

Tendríamos que decir claramente que no intentaremos defendernos contra aquellos que descreditan la unión de la Iglesia porque esto implica seriamente las instituciones. Como lo ha señalado la Comisión Fe y Constitución: «la estructura misma de la Iglesia no es un anacronismo. La Iglesia es cuerpo y espíritu; necesita una forma visible mediante la cual los hombres puedan ver lo que Dios ha hecho en Jesucristo. Cualquier modelo de organización amplia y centralizada está expuesta a cuestiones, pero permanece la necesidad de una confraternidad plenamente comprometida, de testimonio, de responsabilidad mutua, de acción sacramental tal como está trazada en la declaración de Nueva Delhi sobre el tipo de unidad que nosotros buscamos»⁵.

A. *Cada uno en su sitio.*

Una Confraternidad plenamente Comprometida

Es justo decir que uno de los factores indispensables para unir las Iglesias durante las últimas décadas, fue la tentativa consciente de obedecer al mandamiento bíblico: ser uno en un sitio donde la unidad será visible —al nivel local—. Entre varias

4. *The New Delhi Report*, W. Vissert't Hooft, ed. SCM, London, 1962, p. 116.

5. *Faith and Order Louvain 1971*, Ginebra 1971, p. 231.

iglesias, especialmente en el «tercer mundo», en el curso del siglo xx ha madurado la convicción de que la unidad espiritual, que reúne a los cristianos, tiene que ser particularmente visible donde ellos se juntan, de que Dios llama a los hombres para que sean una comunidad de culto visible.

Cuando el Nuevo Testamento habla de las iglesias individuales, se refiere principalmente a la reunión de los cristianos en un cierto lugar.

«El énfasis sobre la unidad local tiene un significado teológico. La Iglesia es siempre una comunidad concreta. Ella existe en cualquier lugar donde el Evangelio es proclamado, y los hombres se sienten llamados cada vez que se celebraba la eucaristía, y son santificados como confraternidad e individuos. Esto siempre existe en un lugar determinado»⁶.

Aunque la base de la «unicidad» en Jesucristo, sea espiritual, no se puede aceptar la separación docética entre el cuerpo y el espíritu; esta unidad nunca ha sido y nunca puede ser exclusivamente espiritual— parte de la ofensividad de la Encarnación ha sido siempre su particularidad, su visibilidad histórica y concreta, haciendo de la Iglesia la comunidad corporativa de quienes viven en Jesucristo. Esto sólo para decir que la «unicidad» del Pueblo de Dios requiere una expresión en las estructuras de las relaciones y del servicio.

Por consiguiente, la cuestión de la reunión de la Iglesia está agarrada en su significación principal al nivel local de la congregación y de la parroquia. Aquí están anticuadas o han fracasado las tentativas de reconciliación, de la nueva vida en Jesucristo y la implicación en la misión. Si la presencia de Jesucristo venciendo todas las barreras sociales, económicas y raciales, no puede hacerse tangible en una reunión local, otras formas más universales de comunidad están seriamente puestas en cuestión. Las implicaciones eclesiológicas de tal «unidad localizada» pueden ser llevadas en muchas direcciones, aunque dos de ellas son principales:

6. Lukas VISCHER, *The Church One People in Many Places*, en *What Unity Implies*, ed. R. GROSCURTH, Ginebra 1969, p. 68.

1. «Romper el pan, reunirse en una oración común». La comunidad de culto

Mientras las iglesias viven separadas (incluso si pertenecen a un mismo Concilio de Iglesias o están en plena comunión entre ellas) la participación sacramental sigue siendo la excepción más bien que la regla; la reunión regular de la gente para hablar de la palabra y del sacramento, el perdón mutuo y la renovada confraternidad que tendría que salir de esto, no ocurre.

Cooperación a todos los niveles entre las iglesias es un desarrollo positivo, pero en tanto que deja intactas las bases sobre las cuales vive la Iglesia su vida (fe, culto, sacramentos, misión y de confraternidad de fieles), no puede resolver los problemas básicos planteados entre las iglesias, ni cumplir el potencial que existe para la confraternidad. Por consiguiente, la cuestión de estructura es vital. El Dr. Günther Gassmann, hablando de una posible confraternidad de «altar y sede» como una meta de las conversaciones de la Iglesia Luterana Reformada en Europa, señala que aunque la cuestión de estructura quede sin resolver, implica la posibilidad de una unión orgánica⁷.

El culto común a nivel local, que origina la unión, es primordial para la empresa entera, porque incorpora la idea de la reconciliación mutua de los hombres (y no sólo de las instituciones). Con las disposiciones del Nuevo Testamento es difícil pensar en una confraternidad plenamente comprometida, al no tener por lo menos la *posibilidad* de una participación sacramental regular. Para que la confraternidad pueda vivir y desarrollarse, se hace necesario encontrar algún tipo de estructura.

Dentro de diferentes contextos, la unión ha traído un reconocimiento mutuo de ser miembros (la cuestión del bautizo Iglesia de la India del Norte) y del ministerio (Iglesia del Pakistán). En esta última los poderes de las prácticas ministeriales presbiterianas fueron reunidos con la tradición episcopal anglicano católica. Esto es también la intención de otros planes de unión, tal como existen en Nueva Zelanda, Canadá y Ghana.

Para mucha gente, la meta decisiva del movimiento ecuménico es la mutua acogida, o incluso la unificación de ser miembros y de ministerio, pero en fin de cuentas en medio de la diversidad

7. G. GASSMANN, *Kirchenunionen - eine unausweichliche Herausforderung?*, en *Kirchenunionen und Kirchengemeinschaft*, ed. R. GROSCURTH, Verlag Lembeck, 1971, p. 72.

y el pluralismo que pertenece a la verdadera comunidad cristiana, en la que los cristianos pueden asistir al culto y demostrar una verdadera e inclusiva confraternidad sin sufrir la afrenta del *re-bautismo*, *re-confirmación* y *re-ordenación*. Aunque existan en ciertas esferas desastisfacciones referente a la reunificación de los sacerdocios y los comités de reconciliación de las iglesias unidas, debido a sus ambigüedades, las iglesias nuevas, sin embargo, consiguen llegar a un entendimiento en el criterio expuesto arriba.

La unión al nivel local tiene la ventaja de hacer posible la reconciliación entre la diversidad y el necesario pluralismo en el encuentro. La Iglesia de La India del Sur expuso este punto muy claramente: con su decisión explícita de unificar al nivel de la asamblea religiosa reuniendo en una única congregación los varios estratos económicos, raciales, intelectuales, hasta los de casta, puso gráficamente en claro que la redención de Jesucristo es, en sí misma, suficiente para reconciliar los hombres antes divididos a todos los niveles, en una confraternidad fecunda. La unión reconoce la validez del hecho, o sea, que hay cuestiones teológicas y sociales que están moldeadas y pueden ser resueltas en el contexto dentro del cual las Iglesias viven y se encuentran localmente.

2. *Teniendo una vida corporativa extendiéndose en el testimonio y el servicio que todos pueden actuar y hablar para la ejecución del trabajo hacia el cual Dios llama a los hombres.*

Misión junta en el mundo.

Desde la época de la Conferencia Mundial de las Misiones en 1910 se dijo que la misión mundial de la Iglesia no podía ser llevada a cabo por una iglesia dividida. Durante los últimos 60 años se ha puesto muy claro la inseparabilidad entre misión y unidad. No entraremos en los detalles de esta discusión, puesto que han sido detalladamente expuestos en otras secciones; basta citar el informe de Limuru:

«Unidad y misión están, en efecto, unidas muy estrechamente, pero no se tendría que perder de vista que la realización de la unión, es en sí misma un testimonio hacia Jesucristo. En las negociaciones de unión las iglesias no tendrían que limitarse a buscar la unidad únicamente en un lugar dado, sino en todos los lugares;

los esfuerzos hacia la unión no deben limitarse tan sólo a las Iglesias que lo negocian, sino que hay que tener en cuenta que la unidad es para todos los cristianos dentro de una confraternidad mundial. Incluso la unión orgánica no es la última forma, sino la penúltima. La Iglesia debe acordarse de que el proceso está *en vía*»⁸.

Los Concilios de las Iglesias han proporcionado significantes oportunidades para la acción junta en la misión a través del mundo. En otras partes consorcios de tribunales y agencias particulares de las iglesias individuales, han creado posibilidades todavía más aventuradas para una asistencia mutua en proyectos particulares, generalmente a corto plazo. Pero hay una inseparable conexión entre culto y la planificación e implantación de la misión, entre *koinonia* y *diakonia*, que últimamente pone en cuestión la conveniencia de la participación del personal, de los fondos o de las propiedades, mientras que subsiste la eucaristía separada y la predicación de forma comercial.

La unión, con una integración de formas estructuradas y planeadas, necesita un compromiso «costoso» y no proporciona fáciles escapatorias si surgen problemas. Una iglesia unificada facilita una acción común y aumenta las opciones disponibles para las fuerzas de trabajo, proporcionando una estructura íntegra para la misión. «Es cierto que las alternativas disponibles hacia la unión no requieren ningún inherente rival en los sistemas denominativos»⁹. Por lo menos nuevas iniciativas en la misión, dirigidas dentro de una iglesia unificada gozan de una continuidad más segura con un fundamento y un control institucional; no dependen tanto de los individuos, ni tampoco están tan propensas como los consorcios a ser víctimas de un entusiasmo y compromiso a corto plazo.

El elemento vital es que la estructura, sea administrativa, sacerdotal o litúrgica, consiga expresar la natura de la iglesia, es vital que determine el verdadero *origen* de la unidad cristiana y aliente y sostenga a los cristianos para que vivan su vida diaria *dentro* de esta más amplia unidad, tanto en sus relaciones con Dios como con sus compañeros.

8 *Mid-Stream*, op. cit., p. 23.

9. John W. GRANT, *Church Union and the Up-To-Date Ecumenist*, en *The Ecumenist*, X, 6, September-October, 1972, p. 82.

La experiencia de las iglesias unidas da muestra de su mayor libertad en cuanto a la misión (con la posible excepción del evangelismo). Así, para conmemorar la fundación hace 25 años de la Iglesia de La India del Sur, uno de sus miembros escribe: «La ventaja más evidente de la unidad ha sido su capacidad de resolver nuevas cuestiones, rápidamente y meticulosamente... Los nuevos problemas y oportunidades nunca hubieran podido ser enfrentados por un conjunto de denominaciones rivales»¹⁰.

Y hay que decir que la administración de los recursos no es una causa de menor importancia. Una unión de Iglesia da lugar en la mayoría de las veces a una liberación de energía y dinero para cualquier otra actividad, evitando la dualidad y la competencia en todas las empresas, sea educación, evangelización, instituciones o servicio social.

El corazón de la unión orgánica no es necesariamente una organización de tipo administrativo muy centralizado (tal como lo señala la estructura diocesana floja de C.S.I.), sino más bien una experiencia de una vida unida plenamente compartida. La verdadera unidad orgánica está presente cuando una corriente de vida corre por la Iglesia entera y que todos sus miembros conocen cualquier aspecto de la experiencia común. Los diferentes tipos de Iglesias unidas han demostrado que diferentes tipos de organización pueden proporcionar esta corriente común.

B. *Mantener la fe apostólica. Proclamar el Evangelio.*

Según la experiencia de aquellos que ya se han unido, y por la fe y expectación de quienes la están negociando, hay una convicción de que lo que las iglesias comparten en sus doctrinas y experiencias es más básico y decisivo que lo que las dividen, de que más luz será echada encima de su propia posición y una comprensión más completa de la verdad será encontrada por la consultación, la participación en el culto y la vida junta con cristianos de otras tradiciones que continuando en tener existencias separadas dentro de enclaves confesionales.

Las confesiones individuales se han desarrollado en contextos particulares teológicos y culturales, generalmente con la intención de corregir por lo menos la parcialidad o las imperfecciones de un punto de vista «contrario» en cuanto a la doctrina cris-

10. L. NEWBIGIN, *25 Years with the Church of South India*, en *The Christian Advocate*, December 21, 1972, XVI, 23, p. 14.

tiana. Pero el separatismo confesional que ha resultado en esta evolución ha servido para obscurecer la catolicidad de la Iglesia. Puesto que la verdad teológica se habrá convertido en un fin por sí misma, los cristianos que difirieron en sus formulaciones teológicas se encontraron divididos los unos de los otros. Cuando cada conocimiento teológico resulta la base de una organización eclesiástica separada, el resultado no es más que la batalla habitual de grupos rivales que el apóstol Paulo censuró en la Iglesia de Corinto.

Cada grupo cristiano sigue llevando las marcas de los tipos de comunidad y de gobierno que eran corrientes en la época y el lugar de su fundación —se encuentran profundamente hincados en los diferentes entendimientos de la verdad y el orden cristiano—. Pero ¿cómo pueden ser re-interpretadas las confesiones, si las situaciones teológicas y sociales en las cuales estaban arraigadas, han cambiado? ¿Cuál es la razón de ser de la conservación de identidades y estructuras confesionales al nivel internacional y nacional, cuando se ha realizado a los niveles mundiales el acuerdo sobre los puntos críticos que eran el origen tradicional del desacuerdo, puntos que en el pasado dieron a las familias de las iglesias su *raison d'être*?¹¹.

Los negociadores de la unión han descubierto que sus propias confesiones, así como las de sus cofrades, pueden ser mejor entendidas y comprendidas, sin deformaciones y según su intención original, dentro de una comunidad de gente que está trabajando para llegar a la misma meta, con gente que se han comprometido los unos con los otros dentro de una atmósfera de confianza. La mayoría de las bases de unión permanecen intencionadamente modestas teológicamente, construyendo sobre la idea de que un acuerdo más profundamente teológico sólo puede ser conseguido *dentro* de una iglesia unida, después de una época de vida común, tal como fue el caso en la Iglesia primitiva. Es así puesto que la comunidad cristiana es primaria; cuando tal comunidad existe, la busca de una unidad más amplia y de una elaboración doctrinal, puede progresar, estableciéndose sobre el reconocimiento de la comunión en Jesucristo. En este sentido, una «confraternidad mutuamente comprometida», puede crecer mejor sobre la base de compromiso. La busca de una síntesis y comprensión teológica mutua no puede ser realizada antes de que haya empezado

11. G. MOEDE, *Kirchenunionen in den siebziger Jahren*, en *Kirchenunionen und Kirchengemeinschaft*, op. cit., p. 15.

la reforma de la vida de la iglesia al nivel local. El pensamiento teológico es una función de la Iglesia, sin que se pueda separar el uno de la otra. «El proceso de la síntesis teológica tendrá que llegar a ser una materia de estudio y de conferencia, separado de la vida actual de la cofradía y de la parroquia. Tal es el peligro del que todos los que trabajan en el movimiento de Fe y Constitución son conscientes. Ambos procesos —la busca de una síntesis teológica y el esfuerzo para llevar la vida actual de la Iglesia dentro de la conformidad con su naturaleza verdadera— deben realizarse juntos, reforzando y aclarándose recíprocamente»¹².

Tampoco se limita esta intuición a quienes tradicionalmente han sido menos movidos por las confesiones. Un teólogo luterano puede escribir, por ejemplo:

«Hoy día se puede decir que el principio tradicional "conversación y acuerdo doctrinal en primer lugar, sólo después la confraternidad de la iglesia" ha sido reconocido, incluso por los luteranos, demasiado unilateral y, por lo tanto, modificado... Es el producto final el que cuenta... se reconoce que hay una relación clara entre vivir y experimentar la confraternidad por un lado, y el acuerdo explícito sobre la fe y la doctrina, por el otro»¹³.

Poco a poco se hace más claro, incluso para grupos cristianos, que han fundado su identidad alrededor de las normas confesionales, que la confraternidad viva de la iglesia puede ser también la base y los medios para vencer las diferencias y contradicciones.

Quizás es incluso más importante, cuando la comunidad en Jesucristo está considerada como primordial; existe entonces una mayor libertad para una amplia variedad de opiniones sobre lo no-esencial (usando una frase metodista) y para que puedan madurar recíprocamente, siendo eso uno de los ingredientes necesarios de la verdadera naturaleza conciliar de la Iglesia. «Sólo una Iglesia que no temía las «tensiones» y que era capaz de discernir sin prejuicio la «totalidad» de la revelación en Cristo, se hubiera atrevido a exponer juntos cuatro evangelios diferentes,

12. L. NEWBIGIN. *The Reunion of the Church*, SCM, London, 1960, pp. 182-3.

13. Harding MEYER. *The Lutheran World Federation and its role in the ecumenical movement*, en *Lutheran World*, XX, 1, 1973, p. 22.

las Epístolas de los Santos Pablo y Santiago, los Hechos de los Apóstoles y la escatología del Apocalipsis, y proclamarlos todos como norma»¹⁴.

El esquema de la unión de la Iglesia de La India del Sur declaró deliberadamente que había que dejar sitio para opiniones muy diferentes y contradictorias dentro del marco de una firme adherencia a «los fundamentos de la fe y del orden de la Iglesia universal». Eso no quiere decir que las verdades confesionales no tienen validez o que la totalidad del modelo cristiano puede ser conseguida uniendo los trozos rotos con los simples bandajes externos de una nueva organización. Mejor dicho, la unidad de la Iglesia es una realidad más profundamente fundada que la unanimidad de una escuela teológica, y que, entre todo lo que es agradable e incierto, el hecho central y sencillo de la redención en Jesucristo hace intolerable una división externa¹⁵.

Esto no es para aprobar una aproximación «de denominador común» en la unidad de la Iglesia. Las iglesias unidas, para ser genuinas, son resurrecciones de la muerte de sus antecesores, lo que implica una ruptura de identidad externa. *Hay* que decir que cada tradición aporta algo y deja alguna huella, y que una nueva forma más católica y visible puede emerger dentro de la vida de una congregación local, que reúne hacia sí las grandes y diversas riquezas de la tradición cristiana entera.

La preparación para la unión no sólo estimula, sino que trae la necesidad de recapitular, de tomar conciencia de las verdades que otros han preservado, de establecer nuevas prioridades, de abandonar políticas o fraseologías anticuadas, y de conseguir formular una nueva y necesaria enunciación de la fe así como las estructuras para implantar este entendimiento en el mundo. Esto ofrece la posibilidad de compartir con otros un tesoro común, así como de adquirir por integración todo lo que otros han guardado en ellos mismos. Las iglesias que se están uniendo, están forzadas a enunciar su fe en términos comprensibles en el mundo moderno (según la lengua de su país) y por la adaptación recíproca de sus previas estructuras respectivas deben de reconocer que la estructura es indispensable para la unidad.

Quizás lo más importante en este crecimiento juntos dentro de «la fe apostólica» es la toma de conciencia de los cambios del

14. *Catholicity*. «A Report to His Grace the Archbishop of Canterbury», Dacre Press, 1947, p. 15.

15. NEWBIGIN, *op. cit.*, p. 186.

pensamiento teológico de época. Pues en las sesenta confesiones escritas tienden a concentrarse menos sobre las cuestiones ontológicas del pasado (por ejemplo, *la forma* de la presencia de Jesucristo en la eucaristía) y más sobre su significación para el participante. La apostolicidad se considera más en términos de *misión* apostólica. Y la relación horizontal de los hombres entre ellos a través de Jesucristo ha recibido más atención, igual que la sensibilidad ética y el compromiso de la Iglesia y de sus miembros. La Iglesia misma está descrita más en términos de su misión, que como una comunidad reconciliante y practicante, dirigida hacia el mundo y no hacia sí misma. De todas formas, las confesiones que aparecen están conscientemente arraigadas en Jesucristo, y reconocen la necesidad de considerar las implicaciones de este arraigo para la Iglesia en la situación actual, sin pretender representar la palabra final, y están reconociendo cada vez más que tienen que utilizar el lenguaje actual.

C. *La unidad de la Iglesia. La unidad de la humanidad.*

Antes de la Asamblea del C.E.I. en Uppsala las iglesias han sido retadas por un nuevo tipo de preguntas. ¿No tendrían que buscar también su unidad a través de la solidaridad con aquellas fuerzas presentes en la vida moderna, como la batalla por la igualdad racial, tema que reúne más estrechamente a los hombres (y, en ciertos casos, los separa)? ¿No hay un verdadero parentesco entre unidad visible de los cristianos y la unidad de los hombres en otros niveles? ¿Cómo se tiene que entender la unidad visible de la Iglesia en cuanto a la relación con la humanidad? Ya se pensaba en tales cuestiones en el Vaticano II, donde en el *De Ecclesia* se decía que «la Iglesia existe en Jesucristo como un sacramento o un signo instrumental de unión íntima con Dios y de unidad para la raza humana entera».

La preparación para la unión permite y obliga a confrontaciones con tales cuestiones, como las señala el Plan de la Consultación sobre la unión: «Nos abrimos individualmente y corporativamente a la renovación por el Espíritu Santo, a la lucha contra el racismo, la pobreza, las influencias nefastas de lo que nos rodea, la guerra y otros problemas de la familia humana, nos hacemos eco de la aspiración profunda del espíritu humano para una vida llena de plenitud»¹⁶.

16. *A Plan of Union for the Church of Christ Uniting, Consultation on Church Union*, Princeton, N.J., 1970.

Los Planes de unión escritos durante las últimas décadas son más sensibles a cuestiones como éstas: ¿permiten y animan las costumbres de la Iglesia, una busca de la plena identidad por parte de miembros de todas las razas implicadas? ¿Cuál es su interés en la creación de estructuras dentro de su sociedad, en el desarrollo de los pueblos más allá de sus fronteras, o en la calidad del medio ambiente donde vive su pueblo? En efecto, la comisión Fe y Constitución registra esta confrontación como una característica de las negociaciones sobre la unión. «Las negociaciones para la unión, lejos de permitir una evasión de los desenlaces que amenazan a la humanidad, en la práctica obliga a las iglesias a enfrentarse más honestamente con ellos. La superación de sus propias divisiones forma parte de la obligación para las Iglesias de trabajar, como una comunidad perdonada y perdonando, para la salvación de las naciones y la unidad de la raza humana»¹⁷.

Aunque no sean cuestiones tradicionales de Fe y Constitución, incluso este movimiento mundial se encuentra teniendo que luchar más con ellas, tal como lo indicaba la reunión de la Comisión de Fe y Constitución en 1971. Además las negociaciones de unión, que toman en serio la dimensión de la reconciliación personal, están proporcionando un encuentro multilateral para la preparación de los proyectos de unión; intencionalmente constituida en tales encuentros es la consideración de cuestiones tales como razas, medio ambiente y justicia, a través de las cuales la nueva unidad está siendo experimentada y mediante las cuales antiguas discrepancias y malos entendimientos pueden ser reconciliadas.

¿Pero cómo está establecida y mantenida la verdadera comunidad? Ciertamente es esencial descubrir la libertad y expresar la identidad como la estructura en que toma lugar la reconciliación de diferencias. En un mundo angustiado, donde tantos han experimentado el aislamiento instigado por la alienación de grupos, por la inmensa complejidad de organizaciones que estructuran la sociedad y por la competencia, podría ser muy bien que el establecimiento de comunidad fuera una de las contribuciones primordiales que una Iglesia tiene que dar a la sociedad. «La comunión de personas a su más alto nivel, es una interpenetración de existencias alcanzadas por encima de las lenguas. Esta es la múltiple fuente de energía que hace a la sociedad posible

17. *Faith and Order*, Louvain, 1971, p. 232.

y humana... El reencuentro del sentido de la comunión entre los cristianos tendría que guiar hacia una toma de conciencia creciente de que la vida corporativa de los cristianos como un pueblo no es más que una manifestación de la participación por cada cristiano en la comunión *de gente* que es *una* en sí misma y que nos lleva hacia su inagotable vida»¹⁸.

En este contexto, la consumación de unión puede proporcionar el incentivo para que una nueva Iglesia se comprometa a demostrar una mayor inclusión de razas y clases con la participación equitativa de todas las minorías o todos los niveles de vida y misión, manifestando en su propia vida esta humanidad total, testimoniando la esperanza y promesa divina para la raza humana.

II.—LIMITACIONES DE LA UNION COMO MODELO

Hemos intentado describir varios elementos de unidad cristiana que la unión orgánica ejemplariza. Pero existen otras dimensiones de unión para la cual no proporciona soluciones.

A. *Local - Universal.*

Aunque la unión dramatiza de forma conveniente la necesidad para las Iglesias de ser «una en cada sitio», su preocupación por el lugar no encierra las cuestiones de cómo las relaciones con la comunidad mundial de las iglesias, tienen que ser estructuradas. «Si este esfuerzo por la dimensión universal, esto es, por la dimensión de la fe cristiana que trasciende e intercepta las divisiones seculares de este mundo, es descuidado, puede que ocurra que dejemos detrás las divisiones confesionales de la cristiandad, pero que las cambiemos por separaciones nacionales, regionales, raciales y culturales, que pueden ser más mortales para el ministerio reconciliado de la Iglesia en el mundo que todas las divergencias confesionales»¹⁹. Aunque algunas tendencias nacionalistas sean siempre un peligro para uniones nacionales, debemos

18. John F. HOTCHKIN, *COCU and the Wider Reality of Ecumenism*, en *Church Union at Mid-Point*, ed. CROW y BONEY, Association Press, New York, 1972, p. 220.

19. H. MEYER, *The Gospel and our Union*, en *Lutheran World*, XIX, 3, 1972, p. 246.

decir que la mayor parte de las negociaciones son conscientes de esta trampa en este punto:

«Los lazos existentes ahora entre las Iglesias unidas y otros cuerpos cristianos (confesionales, conciliares y otros iguales) tendrían que ser preservados. La unidad de Cuerpo de Jesucristo es indivisible. Manifestarlo en comunidades locales sin expresarlo en un campo más amplio sería la derrota de los propósitos ecuménicos como lo es la preocupación de la unidad mundial denominacional o confesional sin atención a otras opciones ecuménicas. Reconocemos los peligros de una Iglesia únicamente organizada al nivel nacional, visto que las actitudes nacionalistas pueden pervertir o callar la voz profética de la Iglesia...»²⁰.

Tal como todos los cristianos en cada lugar tendrían que estar unidos en una vida común de culto, testimonio y servicio, de la misma manera la Iglesia debe ser ordenada a fin de que la confraternidad local sea reconocida una con los otros cristianos a través del mundo. Otras formas pueden ser encontradas para realizar mejor la unidad de los cristianos a niveles continentales, regionales o mundiales; estas formas de «unidos todos en Jesucristo» todavía necesitan ser ejecutadas.

Una cuestión central en esta discusión concernirá a la definición ulterior de la unidad orgánica: ¿Será suficiente expresar la unidad a nivel internacional por medio de la evolución a una «plena comunión» por medio del episcopado histórico, o será necesariamente integrada la experiencia de la iglesia unida, por ejemplo de que una medida de asimilación estructural y de acción conjunta existen?

Los hombres viven cada vez más en un «pueblo global». Por lo tanto se hace evidente que haya un mayor número de trabajos que pueden ser llevados a término solamente por una cooperación que trascienda el nivel local. «Si la Iglesia tiene que cumplir unas funciones, por ejemplo, en la rama del desarrollo, de la raza, se necesita una colaboración estrecha de los cristianos a todos los niveles... Tiene que crecer la conciencia de pertenecer en cualquier lugar al mismo pueblo. La Iglesia debe ser capaz de entregarse a la acción como una confraternidad univer-

20. *COCU Plan*, pp. 12, 13.

sal... Sólo una valoración de la relación entre la Iglesia local y universal puede llevarla adelante»²¹.

Recientemente las «familias confesionales mundiales» se han desarrollado como canales por los cuales las consideraciones «universales» de la Iglesia fluyen; eran por definición instrumento para la unidad confesional universal (cfr. *Informe de Uppsala*, sección I, p. 19). Pero, sin embargo, para su extensión han desanimado los esfuerzos locales para la unión, o la animada solidaridad confesional «hasta el fin de los tiempos», ha actuado también como una fuerza interruptora para los esfuerzos de unión local. Sin embargo, se tiene que decir que estas familias han reconocido poco a poco la importancia de la unión y han empezado a expresar este reconocimiento²².

Así pues, la dimensión universal de la unidad es un hecho que merece que se siga pensando en ella. Supone un problema para las Iglesias unidas como para las que no lo están. Cuando seis denominaciones se unen para formar una nueva Iglesia (como en La India del Norte), ¿tendrían las Iglesias unidas que guardar relaciones con las seis familias mundiales análogas? o ¿debería el creciente número de iglesias unificadas formar su propio cuerpo mundial? Y si lo hacen, ¿cómo pueden ser mantenidas las relaciones con otras familias?

Un problema crucial a este nivel es la distinción entre *comunidad* y *organización*. ¿Incluye la meta del movimiento ecuménico ambas, o solamente la primera? La Iglesia universal podría convertirse en una comunión sin ser una simple *organización*. Parece que la Iglesia Apostólica y la Iglesia de los Padres se ajustan a tal descripción. Pero ¿cómo podría ser expresada de forma estructural una comunión mundial? «El objeto es encontrar un camino para este modelo de vida intereclesial local, regional e internacional que expresara la verdad sobre la naturaleza de la Iglesia de una manera completa y clarísima, partiendo del estado dividido donde podemos encontrarnos a nosotros mismos»²³.

21. L. VISCHER, *Mid-Stream*, op. cit., p. 50.

22. H. MEYER, «Relations between United Churches and World Confessional Families», *MidStream*, op. cit., p. 109; quotes LWF Evian Report (1970) «Statement Concerning the Attitudes of the LWF to Churches in Union Negotiations».

23. J. PACKER, *Organic Unity?* an unpublished MSS of the British Council of Churches, January 1972, p. 2.

De todas formas parece claro que cada «nivel» debe ser considerado, que en cierto modo las estructuras y direcciones de la vida de la Iglesia deberían reflejar la vida de los hombres, sea en los pueblos o ciudades, a nivel nacional o mundial.

B. *Identidad.*

Ya nos hemos referido al problema puesto por la «pérdida de identidad» que implica la unión, así que lo señalaremos aquí rápidamente.

Aunque se pueda «ganar riquezas» compartiendo la identidad de otros, la pérdida o el cambio de la suya misma siempre trae un miedo, principalmente de natura emocional.

Pero la unión significa entrar dentro de una esfera más ancha. Significa abrazar una oportunidad de llegar y utilizar una catolicidad más grande. Se puede dar este paso únicamente abriéndose realmente, lo que requiere una disposición a perder en cierto sentido y grado la identidad hasta ahora poseída. Esto no significa deslealtad hacia el pasado. «No hace falta abandonar la identidad anterior. Incluso puede permanecer en la nueva confraternidad. Las Iglesias no pueden entrar en la unión sin arriesgar esta identidad, pero no es precisamente necesario que la pierdan. Al contrario, uniéndose con otros pueden encontrarse perfectamente expresando más fielmente la voluntad y deseos de sus padres; por ejemplo, una Iglesia Reformada puede encontrarse cumpliendo de una manera mejor los deseos fundamentales de sus reformadores dentro de una comunidad más grande, que como lo hacía en el aislamiento»²⁴.

Es comprensible que las Iglesias quieran unirse solamente cuando creen que cierta forma de continuidad con el pasado está mantenida. Por lo menos es vital que las Iglesias en vía de unión averiguen que las verdades por las que las Iglesias reformadas lucharon antes sean incorporadas e integradas dentro de una nueva constitución o confesión de fe. De todas formas, cualquier tentativa para gobernar incorporaciones confesionales distintas y particulares de fe cristiana sólo levantará resistencia.

Stephan Neill enuncia muy bien el problema.

«La dificultad final y terrible es que las Iglesias no pueden unirse, al menos que estén dispuestas a morir.

24. *Mid-Stream*, *op. cit.*, p. 14.

En una iglesia unida realmente, no habría más anglicanos, luteranos, presbiterianos o metodistas. Pero la desaparición del mundo de aquellos nombres grandes y honrados es con lo que precisamente famosos y leales eclesiásticos no pueden enfrentarse, por no estar preparados»²⁵.

Es importante recordar que la Declaración de Nueva Delhi sobre la unidad, fue seguida por estas frases:

«La realización de la unidad no implicará nada menos que la muerte y el renacimiento de muchas formas de vida eclesiástica, tales como las hemos conocido. Creemos que nada menos costoso puede, finalmente, satisfacer».

¡No es ninguna coincidencia que estas líneas no hayan sido tan famosas como la Declaración! ¿No significa la unión un compromiso imposible, una traición de los padres, de la tradición e incluso de la verdad? He aquí las cuestiones enfrentadas por una Iglesia y sus jefes al contemplar la unión. Estos miedos de la identidad no sólo pueden ser superados por la fe y una visión que la unión traerá, será una identidad más conforme con el deseo de Jesucristo.

La tersa referencia a estas dos frases terminando la Declaración de Nueva Delhi hecha por el Obispo Patrick Rodger, resume mejor la dificultad:

«No estoy seguro de la importancia que deberíamos dar a esta palabra «finalmente», pero es cierto que el camino de la Cruz y la Resurrección, el camino del mismo Jesucristo es uno que vemos muy claramente y del cual nuestra debilidad humana se aleja más de una vez. Todavía se oyen llamadas frenéticas dirigidas a alguna tradición nacional o confesional inviolable; pesadas denuncias están dirigidas contra una amenaza imaginaria de «uniformidad»; y la súplica silenciosa de muchos es «Señor, haznos uno, pero ahora mismo no». Seguramente no hay remedio para convencer a este adversario, incluso utilizando uno de los mejores argu-

25. S. NEILL, «Plans of Union and Reunion», *A History of the Ecumenical Movement*, ed. R. Rouse and S. Neill, SPCK, London, 1954, p. 495.

mentos teológicos. «Esta situación sólo puede desaparecer con el rezo y el ayuno»²⁶.

La unión no tiene como meta *dirigir* las ideas confesionales, sino más bien su fecunda *incorporación* dentro de la fundación y la vida de una Iglesia unida. Una noción de confesión, una especie de confesionalismo abierto a modificaciones y cambios es necesario para que tal incorporación pueda ocurrir.

C. Educación y Participación. Jefes y partidarios.

Se tiene que reconocer que muchas negociaciones e incluso uniones han sido ampliamente dominados y ejecutados por eclesiásticos que han tenido poco o insuficiente cuidado por la educación, o hasta incluso información de los miembros de la Iglesia.

Aunque en muchos puntos un plan *tiene que* ser preparado por especialistas, la entera empresa está paralizada en puntos cruciales por el fracaso en la comunicación y «la comprensión de la asamblea», lo que debilita la posibilidad de una original renovación y crecimiento del entendimiento que la preparación del Plan de unión proporciona. Para ser válida, la preparación para la unión debe implicar, a todos los niveles, la vida entera de las Iglesias participantes.

Oportunidades tendrían que ser proporcionadas desde el principio para que cuestiones doctrinales u otras puedan tener contestación, para que los temores puedan ser enunciados y las confusiones clarificadas; las aprensiones referentes a la pérdida de identidad y la desaparición de la tradición y principios confesionales al entrar en una Iglesia unida, pueden muy a menudo ser eliminados poniendo a los miembros de cada Iglesia en contacto con los miembros de otras, que están implicadas en el plan. Declaraciones negativas y acusaciones formuladas tendrían que ser contestadas rápidamente y claramente, y mejor al nivel donde fueron originadas.

En la mayor parte de las negociaciones hay una falta en la interpretación de «¿qué es este plan, por qué se está preparando, y cómo nos afecta?».

En las consultaciones de Limuru y Bossey, las necesidades de educación, información y encuentro fueron continuamente

26. Patrick RODGER, *Unity: A Wide Door and Many Adversaries*, en *Ecumenical Review*, XVIII, 2, p. 215.

acentuadas (véase, por ejemplo, el artículo de Paul Crow en la *Mid-Stream* de Limuru, pp. 82-100; esta necesidad era el tema de todo el discurso). En efecto, desde la asamblea de Uppsala muchos comités de negociación, han empezado a poner más cuidado en el *proceso de preparación* para la unión, centrandó la atención principalmente en las comunidades locales y sus necesidades, más que en las estructuras regionales o nacionales. Pero todavía no se ha encontrado solución adecuada para satisfacción de todos. Se puede decir, en efecto, que la gran dificultad de este trabajo fue uno de los principales factores en la reciente «localización» de planes activos de unión en la Consultación sobre la Unión de la Iglesia en los Estados Unidos.

Los negociadores son cada vez más conscientes de los problemas y del gran potencial implicado en la persuasión de los miembros de la Iglesia. Pero no se puede todavía pretender que una negociación para la unión o una unión haya resuelto el problema de forma satisfactoria.

D. *Cuestiones legales.*

Aunque Lukas Vischer se refirió a este asunto en la Conferencia de Limuru (*Mid-Stream*, pp. 51-2), debe ser mencionado de nuevo como problema continuo, para el cual se necesita poner más cuidado. Cada negociación de unión tiene que prestar una mayor atención a esta cuestión, pero muchos son los que lo hacen demasiado tarde o de forma incompleta.

Así, por ejemplo, problemas relacionados con la propiedad hicieron imposible una unión largamente planeada en Nigeria en 1965, cuando bloquearon la propuesta unión en Sri Lanka en 1972. Inesperados problemas legales aplazaron la formación de la Iglesia Unida Reformada en Inglaterra durante un año. Por eso la verdad de la afirmación del Dr. Vischer:

«Las Iglesias Protestantes han sido bastante débiles en los aspectos legales y constitucionales de la vida de la Iglesia. El problema del derecho no ha sido generalmente tratado como una parte integral de la teología y la expresión jurídica de la Iglesia no ha sido, como norma, enfatizada y examinada. Lo mismo se aplica al movimiento ecuménico²⁷.

27. LUKAS VISCHER, *Mid-Stream*, *op. cit.*, p. 52.

E. *Pluralismo, diversidad y conciliaridad.*

Quizás el fenómeno que más básicamente pone en tela de juicio la unión orgánica como un modelo de unidad deseable y factible, es el de la diversidad. Hay en el dominio público hoy una reafirmación de la validez y una renovada apreciación por los valores del pluralismo religioso.

Por supuesto, en cada institución o comunidad social, incluyendo a la Iglesia, la afirmación de la libertad y diversidad también alcanza un óptimo resultado de orden e integridad. «Los mismos apóstoles que alcanzaron y exaltaron los diversos dones del Espíritu y las variedades de Ministerio también insistieron que aquellos se proponían construir la Iglesia, el cuerpo de Cristo... No hay, pues, duda de que el cuerpo de la Iglesia tiene que tener una cierta consistencia de organización y constitución política, así como de doctrina, aún cuando éstas no constituyan una uniformidad restrictiva y sofocante»²⁸.

Lo que, sin embargo, es esencial, mientras continúan las tentativas de elaborar una «forma de vida verdaderamente universal y conciliar» (Uppsala) es que cada persona en una Iglesia, sea representada a algún nivel, de que cada cual tenga la oportunidad de ser oído, de contribuir. «Aceptar la conciliaridad como la dirección en que tenemos que movernos, significa profundizar nuestros mutuos compromisos a todos los niveles. Ello no implica movimiento hacia la uniformidad... Si la unidad de la Iglesia ha de servir para la unidad del género humano, debe hacer sitio a una más amplia variedad de formas, de diferencias e incluso de conflictos. La conciliaridad de la Iglesia requiere envolver a todos los miembros laicos, incluyendo, como debiera, a todos los segmentos del género humano»²⁹.

La preparación para la unión, en algunos contextos, ha sido vista en la última década como un campo de ensayo para una tal verdadera e inclusiva conciliaridad. Comprensión y compromiso, son vistos como correlativos. Cuando los encuentros directos entre personas de las Iglesias negociadoras, se planean a todos los niveles (incluyendo los varios grupos de edades, sexos y razas) como parte del proceso preparatorio, los participantes obtienen nuevas intuiciones teológicas, sociológicas e incluso psicológicas.

28. J. ROBERT NELSON, *The Critics and the Union We Seek*, en *Church Union at Mid-Point*, *op. cit.*, p. 144.

29. *Faith and Order Louvain*, p. 226.

¿Puede una Iglesia unida, como forma de unidad, dar cuerpo creativamente a los distintos elementos, en la experiencia religiosa de los grupos minoritarios o puede abrazar fructuosamente la nueva ola de experimentos, en nuevas formas de culto y estilos de vida comunitaria? Precisamente esta pregunta ha venido preocupando a varios comités de negociación, especialmente desde 1970. En muchos lugares se teme, que una organización nacional o supranacional tienda a enredar las auténticas expresiones locales de fe y unidad, homogeneizando la válida diversidad. Tales problemas han impregnado recientemente la consulta de la unión de las Iglesias en USA para desplazar su estrategia, en el sentido de animar una amplia variedad de experimentos y experiencias locales con la esperanza de que esta unidad local que sale de estos campos de ensayo (acción unida en la misión, rezos comunes, educación) hará más clara la clase de estructura necesaria para la Iglesia unida.

Aunque los consejos de Iglesias han tenido éxito, hasta cierto punto, las Iglesias unidas han tenido dificultad en «estructurar» la posibilidad de luchar en el interior de su proceso de decisión en orden a que esa genuina conciliaridad pueda desarrollarse. «El típico formato de reunión eclesial no permite tomas de decisión efectivas en una situación tan diversa. Por ello es necesario inventar procedimientos por los que un conflicto de intereses pueda convertirse en un unificado, aunque diferenciado, programa de acción»³⁰.

En el mismo contexto, aún no está claro porqué en muchas Iglesias unidas, después de haber conseguido «consensos teológicos» las estructuras previstas para la vida común de la Iglesia plantean tantos problemas. ¿Se puede atribuir esta dificultad a una falta en el consensus teológico? Si este es ciertamente un factor básico, apunta a un fallo continuo en proveer un verdadero encuentro en los años anteriores a la unión.

Es indudablemente cierto que los comités negociadores, sin excepción, tienden a la unidad y no a la uniformidad, que desean dar expresión a una más amplia variedad de pensamiento y estilo dentro de un todo más amplio. Pero existe el problema de asegurar que todas las riquezas de cada uno de los grupos que se unen sean llevados a la vida común y que la legítima variedad no sea sofocada sino, incluso, animada.

30. T. ERICKSON, «Parish, Plan and Perspective», *Church Union at Mid-Point*, *op. cit.*, p. 45.

Y hay que admitir también que a pesar de la provisión por la unidad dentro de la diversidad en los planes, hay generalmente una expectación de un compartir ciertos patrones en todos lados en la Iglesia unida que emerge. En este tiempo de búsqueda por y de apreciación de una multiplicidad de formas y expresiones, hay una especial necesidad de que los planeadores se unan para proyectar estructuras de gobierno y orden que apoyarán en lugar de suprimir la innovación³¹.

Aún no hay certeza de que la unión de la Iglesia (o al menos la forma centralizada occidental) pueda relacionar suficientemente los diversos estilos de vida y pensamiento en una entidad operativa, sin sofocar la necesaria libertad e iniciativa. Tampoco la experiencia histórica y cultural de las Iglesias en cuestión ha sido tomada con suficiente seriedad en las negociaciones. Han predominado generalmente los estilos occidentales de negociación y organización. El modelo de unión demuestra, efectivamente, que la Iglesia individual es, primariamente, una «asamblea». Por consiguiente ello ofrece una solución parcial a la «mentalidad parroquial» que se desarrolló después de que regiones enteras fueron asumidas para ser cristianizadas y una división parroquial, por distritos, pareció razonable. Pero el modelo de unión no ha solucionado todavía el dilema planteado por el hecho de que esas «asambleas» puedan (y quizás deban) aparecer bajo diferentes formas sociológicas.

El riesgo de la unión eclesial

La unión de las Iglesias no debería ser idealizada. Unión y preparación para la unión crea numerosos problemas nuevos. Es siempre una aventura en la fe y ofrece una solución que no es fácil ni barata. De hecho, el planteamiento y la ejecución de la unión no garantiza ningún beneficio ni renovación, ni una mayor integridad teológica, ni, tan siquiera, una eficiencia pragmática. Los trastornos que la unión lleva consigo pueden quitar atención y energía a la misión. La necesaria introversión temporal causada por la unión es un peligro tentador para un estilo de vida permanente.

Lo que la unión necesita es oportunidad, estímulo, motivación, re-estudio del pasado y apertura hacia el futuro. La Iglesia de la India del Sur, después de su unión, en la publicación «*Rene-*

31. GRANT, *op. cit.*, p. 83.

wal and Advance», sacó públicamente un estudio de sí misma despiadadamente auto-crítico.

Los nuevos problemas que emergen en la preparación para la unión van desde la puesta en común creativa de los puntos de vista doctrinales, hasta el volver a escribir las constituciones y el fusionar las instituciones. Pero lo verdadero hecho para vencer los nuevos problemas puede tener un efecto unitivo en la Iglesia, permitiendo y forzando a los antiguos elementos a crecer juntos. Por ello, también, el establecimiento de nuevas formas estructurales, el realineamiento institucional y la revisión. Aunque los problemas relativos a las personas son grandes (y amenazadores), casi invariablemente se opina que «pesos muertos burocráticos» pueden ser redesplegados más efectivamente que en cualquier otra parte.

Es siempre penosa la antigua y amada tradición que muere a las antiguas formas. No todas están dispuestas o motivadas para tomar el riesgo final. La esperanza de modernización o la eficiencia administrativa o práctica no son suficientes para motivar a las Iglesias a sobrellevar el dolor y la cirugía que la unión necesita. El único imperativo adecuado, que ellas invariablemente articulan, es la obediencia a la voluntad de Dios, en el lugar donde la Iglesia ha sido situada. Por ello la única evidencia práctica, *ex post facto*, de los beneficios de la unión viene de las mismas Iglesias unidas.

Un índice de los imperativos y beneficios de la unión puede ser deducido al notar cómo las mismas Iglesias unidas han reaccionado frente a la unión. Así de las 36 uniones consumadas desde 1925, con los innumerables problemas y personas envueltos (incluyendo las que fueron unidas por orden gubernamental) ni una sola se ha desintegrado o subsiguientemente fundido, y de las 126 que ahora negocian la unión en 34 negociaciones, más de un tercio son ya Iglesias unidas. Veinticuatro negociaciones son interconfesionales.

«El tiempo ha puesto de manifiesto imperfecciones en su trabajo y mucha dosis de revisión de las ideas originales de unión. Pero quienes han tenido experiencia de vida en esas Iglesias unidas afirman, casi unánimemente, que aunque la unión las haya perdido en algunas direcciones y algunas esperanzas hayan quedado incumplidas, sería imposible la reconsideración de una vuelta al primitivo estado de división. Hacer eso pare-

cería demasiado manifiestamente una traición a la causa de Cristo»³².

Aunque las estadísticas nunca sean conclusivas esta evidencia tiende a sugerir que las Iglesias unidas «han permanecido juntas», que a pesar de (o por) todos los problemas humanos a solventar, la actividad del Espíritu ha sido un factor de dependencia continuo, de que la amistad entre ellos se había convertido en un verdadero «compañerismo comprometido», y que su preocupación por una más amplia unión testimonia que fue beneficiosa para ellas. Cuando uno apunta los grandes riesgos envueltos en tales proyectos, y recuerda el hecho maravillante de que ni una sola unión se ha deshecho después (como sucede en tantos negocios de uniones de empresas) se ve uno forzado a concluir que su aludida dependencia de Dios es un genuino y decisivo elemento en la unión de las Iglesias. Se ha recomendado por sí misma una más amplia experiencia de catolicidad. La apertura al futuro que hizo posible la unión se profundiza y extiende cada vez más. La Iglesia unida no era un fin pero se ha convertido en un paso hacia el camino para una más plena unión³³.

PREGUNTAS

1. ¿Qué elementos de verdadera conciliaridad existen en la preparación y en la consumación de la unión de las Iglesias (y viviendo en una Iglesia unida) necesitan ser considerados y apropiados en una más amplia discusión conciliar?
2. En esa discusión conciliar, ¿dónde está el énfasis y cuál es el lugar de «todos uno en el sitio de cada uno»? ¿qué cuerpo estructural efectuaría la conciliaridad a nivel local, mejor que la Iglesia unida?
3. ¿Qué instrumentos son útiles para convertir los acuerdos teológicos realizados en conversaciones bilaterales, en confraternidad eclesial, y más aún, en una acción unida para la misión?
4. ¿Cómo puede la experiencia y existencia de las Iglesias unidas, que están ya viviendo bajo acuerdos y en compa-

32. NEILL, *op. cit.*, p. 491.

33. MOEDE, *op. cit.*, p. 23.

ñerismo a nivel local, ser llevadas a las numerosas conversaciones bilaterales?

5. Por el contrario, ¿cómo pueden los acuerdos alcanzados en temas importantes, ser transmitidos a las negociaciones de unión local, atareadas con los mismos temas? ¿Qué clase de «mecanismo» sería más efectivo para asegurar que los acuerdos alcanzados en conversaciones bilaterales sean más ampliamente compartidos y llevados a cabo, o al menos sean correlativos?
6. En su verdadero nacimiento, las Iglesias unidas han dado un paso significativo cruzando los límites tradicionales y al hacerlo así han comenzado la creación de una más doctrinal universal y conciliar forma de vida y testimonio común. ¿Cómo puede la universidad geográfica de las discusiones bilaterales ser constructivamente combinada con la experiencia de la Iglesia unida en orden a que cada una reciba de la otra comprensión y estímulo?
7. ¿Qué pasos consideraríamos recomendables concretamente a Fe y Constitución, a su comisión y de ahí a la 50 Asamblea para dar forma a nuestra discusión?
8. ¿Es el C. E. I. un posible, o el mejor, instrumento para continuar esta discusión en los años venideros?

[Traducción: Julio WAIS
y Miguel M.^a GARIJO
GUEMBE]

GERALD F. MOEDE.
Secretariado de Fe y Constitución.
Ginebra.